

# CONTEMPLATIVE PRAYER

OCTOBER 10, 2016

Contemplative prayer, as it is classically defined and popularly practiced, is subject today to considerable skepticism in a number of circles. For example, the method of prayer, commonly called *Centering Prayer*, popularized by persons like Thomas Keating, Basil Bennington, John Main, and Laurence Freeman is viewed with suspicion by many people who identify it with anything from “New Age”, to Buddhism, to “Self-Seeking”, to atheism.

Admittedly not all of its adherents and practitioners are free from those charges, but certainly its true practitioners are. Understood and practiced correctly this method of prayer, which allows for some variations in its practice, is in fact the form of prayer which the Desert Fathers, John of the Cross, and the author of the *Cloud of Unknowing* call *Contemplation*.

What is contemplation, as defined within this classical Christian tradition? With apologies to the tradition of Ignatius of Loyola, who formats things differently, but is very much in agreement with this definition, contemplation is prayer without images and imagination, that is, prayer without the attempt to concentrate one's thoughts and feelings on God and holy things. It is a prayer so singular in its intention to be present to God alone that it refuses everything, even pious thoughts and holy feelings so as to simply sit in darkness, in a deliberate unknowing, within which all thoughts, imaginations, and feelings about God are not fostered or entertained, as is true for all other thoughts and feelings. In the words of *The Cloud of Unknowing*, **it is a simple reaching out directly towards God.**

In contemplative prayer, classically understood, after a brief, initial act of centering oneself in prayer, one simply sits, but sits inside the intention of reaching out directly towards God in a place beyond feeling and imagination where one waits to let the unimaginable reality of God breakthrough in a way that subjective feelings, thoughts, and imaginations cannot manipulate.

And it is precisely on this point where contemplative prayer is most often misunderstood and criticized. The questions are: *Why shouldn't we try to foster and entertain holy thoughts and pious feelings during prayer, isn't that what we're trying to do in prayer? How can we be praying when we aren't doing anything, just sitting? Isn't this some form of agnosticism? How do we meet a loving, personal God in this? Isn't this simply some form of transcendental meditation which can be used as a form of self-seeking, a mental yoga? Where's Jesus in this?*

I will let the author of *The Cloud of Unknowing* reply to this: “It would be very inappropriate and a great hindrance to a man who ought to be working in this darkness and in this cloud of unknowing, with an affective impulse of love to God himself alone, to permit any thought or any meditation of God's wonderful gifts, kindness or his work in any of his creatures, bodily or spiritual, to rise up in his mind so as to press between him and his God, even if they be very holy thoughts, and give him great happiness and consolation. ... For as long as the soul dwells in this mortal body, the clarity of our understanding in the contemplation of all spiritual things, and especially of God, is always mixed up with some sort of imagination.” **We cannot imagine God, we can only know God.**

In essence, the idea is that we may never mistake the icon for the reality. God is ineffable and consequently everything we think or imagine about God is, in effect, an icon, even the words of scripture itself are words *about* God and not the reality *of* God. Admittedly icons can be good, so long as they are understood precisely as icons, as pointing to a reality beyond themselves; but as soon as we take them for the reality, our perennial temptation, the icon becomes an idol.

The difference between meditation and contemplation is predicated on this: In *meditation* we focus on icons, on God as God appears in our thoughts, imagination, and feelings. In *contemplation*, icons are treated as idols, and the discipline then is to sit in a seeming darkness, beneath a cloud of unknowing, to try to be face to face with a reality which is too big to grasp within our imagination. Meditation, like an icon, is something that is useful for a time, but ultimately we are all called to contemplation. As the *Cloud of Unknowing* puts it: “For certainly, he who seeks to have God perfectly will not take his rest in the consciousness of any angel or any saint that is in heaven.”

Karl Rahner agrees: **“Have we tried to love God in those places where one is not carried on a wave of emotional rapture, where it is impossible to mistake oneself and one's life-force for God, where one accepts to die from a love that seems like death and absolute negation, where one cries out in an apparent emptiness and an utter unknown?”**

That, in short, is contemplative prayer, authentic centering prayer, as a discipline.

## La lucha por no hacer de Dios nuestra propia deidad tribal

Fui bendecido con una educación en un ambiente muy protegido y seguro. Viví mi niñez en un virtual capullo envolvente. En la lejana, rural, de primera-generación e inmigrante comunidad en la que crecí, todos nos conocíamos, todos íbamos a la misma iglesia, todos pertenecíamos al mismo partido político, todos éramos blancos, todos procedíamos del mismo origen étnico, todos compartíamos el mismo acento cuando hablábamos inglés, todos teníamos un semejante punto de vista sobre cómo entendíamos la moralidad, todos compartíamos parecidas esperanzas y temores sobre el mundo exterior, y todos alabábamos a Dios llenos de confianza desde el interior de ese capullo. Sabíamos que éramos especiales a los ojos de Dios.

Hay una maravillosa fuerza en eso, pero también un fondo peyorativo. Cuando no hay verdaderos extraños en tu vida, cuando todos son semejantes a ti, creen lo que tú crees y hablan como tú, cuando tu mundo está ajustado sólo a tu manera, se va a dar después alguna dolorosa tensión, en algunos puntos bien profundos de tu alma, para aceptar -aceptar existencialmente- y estar cómodo con el hecho de que gentes que son muy diferentes de ti, que tienen diferente color de piel, hablan diferentes lenguas, viven en diferentes países, tienen diferentes religiones y tienen diferente forma de entender las cosas, son justamente tan reales y preciosas a Dios como tú eres.

Por supuesto, no todos tienen un fondo como el mío, pero sospecho que la mayoría de la gente también lucha por aceptar, más allá de nuestro demasiado fácil compromiso de qué abiertos somos, que todas las vidas del mundo son para Dios igual de preciosas que la nuestra. Nos es duro creer que nosotros, y nuestra propia condición, no estamos bendecidos especialmente y no somos de más valor que otros. Hay muchas razones para eso.

Primera, hay un innato narcisismo: Dicho simplemente, no podemos dejar de sentir que nuestra propia realidad es más real y más preciosa que la de otros; después de todo, como dijo René Descartes, clásicamente y siempre, lo único que podemos saber con seguridad es que nosotros somos reales, que nuestros gozos y dolores son reales. Puede ser que estemos soñando todo lo demás. Más allá de ese natural narcisismo, otras cosas empiezan a moverse dentro: La sangre, la lengua, el país y la religión son más densos que el agua. Consecuentemente, nuestra propia condición siempre parece más real para adaptarse particularmente a la raza, al país y a nosotros. Demasiados de nosotros viven con la opinión de que Dios ha bendecido a nuestra raza y nuestro país más de lo que Dios ha bendecido a otras razas y otros países, y que nosotros somos especiales a los ojos de Dios. Esa es una noción peligrosamente falsa y no-cristiana, directamente contraria a las escrituras judeo-cristianas. Dios no valora a unas razas y a unos países más que a otros.

**¿A dónde podríamos ir con todo esto, dado que es duro ver cómo la vida de todos los demás es tan real y preciosa como la propia nuestra? ¿Cómo abrimos nuestros corazones para aceptar existencialmente una verdad que defendemos con nuestros labios, a saber, que Dios ama a todos igualmente, sin ninguna excepción?**

Podríamos empezar admitiendo el problema, admitiendo que nuestro natural narcisismo y tendencia al tribalismo nos priva de ver que las vidas de otros son tan reales y preciosas como la propia nuestra. Muy particularmente -sugiero yo- necesitamos mirar a nuestro falso patriotismo. Nosotros no somos especiales como nación, al menos no más especiales que cualquier otra nación. Nuestros sueños, nuestros pesares, nuestras preocupaciones, nuestros gozos, nuestras penas, nuestras muertes no cuentan más ante Dios que los de las personas de otros lugares del mundo; quizás incluso menos, ya que Dios tiene opción preferencial por los pobres. Las vidas de cientos de miles de refugiados de hoy día, tan fácil de amontonar en una masa de anonimato a la que no podemos conceder abstracta simpatía, son ciertamente tan preciosas como las de nuestros propios hijos; acaso más, dada la verdad de nuestras escrituras sobre el hecho de que Dios toma carne en los excluidos. Hoy ellos pueden ser el pueblo del destino manifiesto, los que llevan la bendición especial de Dios.

De igual manera, e importantemente, debemos también corregir nuestras malas teologías. El Dios al que Jesús reveló y encarnó puede que nunca se convierta en un Dios de nuestra propia condición, un Dios que nos considere más preciosos y agraciados que otros pueblos, un Dios que nos bendiga de modo especial más que a otros. Tristemente, siempre estamos dispuestos a convertir a Dios en nuestra propia deidad tribal, en el nombre de la familia, la sangre, la iglesia y el país. Dios viene a ser demasiado fácilmente *nuestro* Dios. Pero la verdadera fe no nos permite eso. Más bien una sana y ortodoxa teología cristiana enseña que Dios está especialmente presente en *el otro*, en el pobre y en el extranjero. La revelación de Dios nos viene lo más claramente a través del forastero, de lo que nos es extraño, de lo que nos abre más allá de nuestra zona de confort y nuestras expectativas, particularmente nuestras expectativas en relación con Dios.

**Dios es igualmente el Dios de todos, no especialmente nuestro, y Dios es demasiado grande para ser reducido a servir los intereses de la familia, la etnia, la iglesia y el patriotismo.**